

Reacción y cultura

Martes, 22 de agosto de 1939

No se insistirá nunca suficientemente sobre el retroceso que, en el orden moral y jurídico, representa la invasión operada o impuesta en nombre de los supuestos principios del régimen totalitario. Es algo aún más grave que una vuelta a unos estados de civilización que la humanidad había logrado franquear hace ya tiempo. Eso significaría a fin de cuentas -y en un plazo histórico breve- la supresión pura y simple de las bases de nuestra civilización, tal como eran admitidas bajo el antiguo poder absoluto de los reyes.

Pero dejando de lado ese aspecto del problema y sin consentir ni renunciar, conviene examinar la confiada y orgullosa posibilidad de la esperanza según la cual un régimen que invade el orden moral y que desprecia o suprime toda libertad del espíritu, podría conservar e incluso favorecer un futuro magnífico de cultura en el dominio de las ciencias, después de la multiplicación de este mismo orden.

Se nos muestra, presumiendo de ello, el esplendor inaudito, la potencia gigante de una técnica mantenida, dirigida, organizada y sobre todo utilizada por el Estado. Admitamos que una ciencia así mutilada y así concebida basta para las necesidades humanas. ¡Bien! ¿Pero cuánto tiempo podría ésta mantenerse poderosa, renovada, y eficaz, e incluso únicamente como técnica en sentido estricto?

No hay progresos técnicos, salvo un azar improbable, sin un desarrollo continuo y profundo de la ciencia pura; y pronto se hace difícil conservarlo frenando la libertad de pensamiento y de enseñanza. Es aún más difícil, prácticamente imposible, poner trabas a las conciencias y pedirles los frutos de la inspiración. No comprendemos cómo podríamos animar las búsquedas y perseguir a los investigadores como gente sospechosa, peligrosa o enemiga. Es equivocarse torpemente alimentar la ilusión de conservar el prestigio y el nivel de las escuelas y universidades, y echar de ellas a los maestros que habían fundamentado la autoridad de esas instituciones.

El visible declive de la cultura, su decadencia rápida, se produjeron por

otro desviado camino, pero también peligroso. Se ha establecido para las necesidades del régimen, o por el capricho o la locura de sus dirigentes, una ciencia de Estado, lo que es amenazador; y esa ciencia oficial de Estado se hace algo aún peor: una ciencia de partido, del partido que se apodera del poder. Eso representa dos peligros, en el que uno multiplica al otro: es la coacción del poder agravado por el fanatismo de los sectarios.

Se dirá sin duda que esos dogmas, o esos límites fijados o impuestos por la ciencia oficial, están muy poco extendidos, y que parecen soportables o inofensivos para la alejada búsqueda del orden moral. Pero lo que está en juego en un problema así es una cuestión de principios: Libertad o coacción; eso es todo. Además, una vez admitida la autoridad de la ciencia oficial, del Estado y del partido, toda limitación, aparente y segura de las trabas o de las exigencias, es fácilmente franqueable. Sólo será cuestión de capricho de la parte del que manda, -o, lo que es más peligroso aún- sólo dependerá de la continuidad de las exigencias de las fuerzas sociales, de los elementos políticos, sobre los que el jefe necesita apoyar su poder.

Si el desarrollo de la técnica pudo resistir hasta aquí los cambios de tales obstáculos, el fenómeno se explica con la ayuda más potente de los mandos y de las órdenes del Estado -por la imitación inicial de las invasiones- por la lentitud con la que el empobrecimiento de las ciencias puras se hace sentir sobre sus aplicaciones, las cuáles pueden desarrollarse algún tiempo, gracias al anterior esfuerzo adquirido -por la tolerancia no declarada hacia tales eminentes investigadores cuya heterodoxia debe, también, ser medio escondida como un crimen- y por los préstamos y, en caso de fracaso, los hurtos que se harán en íos ambientes científicos donde la libertad subsiste.

Tal fenómeno solamente puede asegurar contra los peligros del retroceso relativa y precariamente. Si el sistema se generaliza en el mundo, la caída de nivel científico sería sorprendente, inmediata, inconcebible. No podría evitarse por la vía de permisos excepcionales de libertad concedidos a los genios, porque el ambiente de libertad científica plena es necesario para todos, sobre todo para el conjunto de los investigadores humildes y de los investigadores modestos, que trabajan silenciosamente; son los artesanos insustituibles, a veces ignorados y a menudo olvidados, del progreso humano.

Los regímenes de fuerza no tienen necesidad de que un examen, profundo, mida la caída, tan horrible como rápida, de su cultura: tanto de aquéllos que ya habían alcanzado altas cumbres, como de aquéllos que avanzaban por el camino de la eclosión o del renacimiento de su vida científica. Los medios

más fáciles y los números más incostestables muestran una decadencia alarmante del número de los alumnos, de la autoridad de los maestros, del resplandor de su renombre, del peso de su influencia cultural. Y todo ello ha sido obra de muy pocos años...

Sería imposible defender la técnica misma, empobreciendo sus inspiradoras fuentes teóricas; pero habría aún otro obstáculo insuperable de orden práctico, si los regímenes de fuerza tenían que superarlo.